

acabaran dos solos campeones
y á sus naves tranquilos se volvieron.

Cuando éstos ya llegaban al paraje
donde muerto dejaran al espía
por Héctor enviado, los bridones
detuvo Ulises. Y saltando en tierra,
el hijo de Tideo los despojos
ensangrentados en la diestra puso
á Ulises, y otra vez en el caballo
subió y á que marchase le aguijaba,
y corrían los dos á los bajeles
y llegar deseaban. El primero
de todos sintió Néstor el ruido,
y decia á los otros capitanes:

« ¡ Amigos! ¿ será falsa ó verdadera
» mi conjetura? El corazon me inspira
» declararla. Resuena en mis oidos
» un ruido de caballos que corriendo
» hácia nosotros vienen. ¡ Ah! si Ulises
» y el bravo Diomédes al instante
» aquí llegaran y cogido hubiesen
» dos hermosos caballos á los Teucros!...
» Pero mucho recela el alma mia
» que los dos más valientes adalides
» hayan muerto tal vez de los Aqueos,
» cercados de enemigos numerosos.»

Al decir estas últimas palabras
ya llegaban los dos y del caballo
en tierra ya saltaban. Los caudillos
se alegraron al verlos, y la diestra
alargando, la dulce bienvenida
les daban en palabras cariñosas;
y Néstor, más que todos impaciente,
estas preguntas hizo: « Di, te ruego,
» esclarecido Ulises, honra y gloria
» de los Aqueos! ¿ Dónde esos bridones
» habeis cogido? ¿ Acaso de los Teucros
» penetrando en la hueste, ó ya propicia
» en don una Deidad os los ha dado
» al camino saliendo? Semejantes
» son al rayo del Sol. Entre las filas
» penetro siempre yo de los Troyanos
» el día de batalla, y en las naves
» nunca yo me quedé, por más que sea
» anciano campeón; pero mis ojos

» nunca otros tales vieron, ni he sabido
» que en Troya los hubiese. Conjeturo
» que una Deidad, del cielo descendida,
» os los ha dado. Ni admirable fuera,
» que á los dos ama el soberano Jove
» y Minerva tambien.» Respondió Ulises:
« ¡ Oh Néstor de Neleo, honor y gloria
» de los Aquivos! Fácil le seria
» á un Dios, si le pluguiese, estos caballos
» otorgar á cualquiera, y aun mejores;
» que inmenso es el poder de las Deidades.
» Mas estos dos que ves son de la Tracia,
» y acaban de llegar. Mató á su dueño
» Diomédes animoso, y á su lado
» hasta doce valientes campeones:
» y ántes cogido habíamos y muerto,
» cerca ya de las naves, á un espía
» que Héctor y los Troyanos adalides
» á explorar nuestro ejército enviaban.»

Así decia, y por el ancho foso
hizo pasar ufano á los bridones;
y los otros Aquivos le siguieron,
gozoso el corazon. Cuando venido
hubieron ambos á la tienda hermosa
del hijo de Tideo, los bridones
ataron con fortísimas correas
al pesebre en que estaban de su dueño
los otros velocísimos caballos,
dulce trigo comiendo, y en la popa
de su navío las sangrientas armas
suspendió Ulises de Dolon, en tanto
que á Minerva el solemne sacrificio
podían ofrecer que prometieran.
Y entrándose en el mar, los dos lavaban
el sudor que abundoso les corria
de las piernas, los muslos y los hombros.

Cuando el agua del mar hubo limpiado
el sudor de la piel, y recobraran
ellos las fuerzas, en hermosa pila
entraron de agua dulce y se bañaron.
Y al salir de la pila, con aceite
se ungiéron y asentaron á la mesa,
y con la copa de oro las primicias
en honor de Minerva derramaban.

LIBRO UNDÉCIMO

ARGUMENTO

*Ármase Agamenon muy prontamente,
y hace armar á sus tropas diligente.
Queda de los troyanos victorioso
en el primer encuentro: más furioso,
con el favor de Jove, Héctor valiente
hace horribles estragos en su gente.*



A la aurora saltaba de su lecho
al hermoso Titon abandonando,
para llevar la luz á los mortales
y á los Dioses eternos, cuando Jove
en medio de las naves de la Grecia
arrojó la discordia, que en la mano
llevaba la señal de los combates.
Subióse la Deidad en la alta popa
de la nave de Ulises; porque estando
en medio de las otras colocada,
llegar su voz podia hasta la tienda
de Ajax de Telamon y la de Aquiles;
pues estos dos, en su valor fiados
y en la pujanza de su brazo fuerte,
las últimas sus naves colocaran.
Y allí subida, en ecos espantosos
y penetrante voz á los Aquivos
á la guerra animaba y en el pecho
grande valor á todos infundia
para que á los combates y peleas
sin cesar asistiesen animosos;
y á todos ya más dulce la batalla
les parecia, que en las hondas naos
embarcados volver á sus hogares.

El Atrida tambien alto gritaba

mandando que á la lid se aperciesen
los escuadrones todos, y entretanto
él se vestía sus brillantes armas.
Puso primero las bruñidas grevas
de las piernas en torno y al tobillo
las ajustó con argentados broches,
y el pecho se ciñó con la coraza
que Cíniras le diera de hospedaje
en perpetua señal. Porque hasta Chipre
la fama penetró de que los Dánaos
contra Ilion marchaban en sus naves,
y hacerse grato Cíniras queriendo
al Rey Agamenon, esta coraza
le ofreció generoso. La cubrían
diez listones de acero pavonado,
doce de oro macizo y otros veinte
de estaño, y de la gola tres dragones
se levantaban, la cabeza erguida;
y en los cambiantes de la luz al iris
semejaban que el hijo de Saturno
en las nubes fijó para que fuese
fausto signo de paz á los mortales.
La espada, en cuyo pomo relucían
clavos de oro finísimo (la vaina
de plata era maciza y los tirantes

de oro también), de los fornidos hombros colgó después, y el anchuroso escudo de variada labor, resplandeciente y sólido, que todo le cubría, del cuello suspendió. Con arte mucho en él puso el artífice enlazados diez círculos de bronce, y en su centro veinte bollos de estaño resaltaban, y de todos en medio de bruñido acero otro mayor sobresalía.

Allí fuera entallada la Gorgona con torva faz, y en derredor la Fuga y el Terror la cercaban; y en la parte más alta el ancho correon tenía de plata entretejido, que cerraba una serpe de acero y tres cabezas de su cuello salían escamoso. Púsose luego en la cabeza el casco de altísima cimera, en cuyo centro el hórrido penacho se afirmaba de crines de caballo, que esparcidas al aire, y de los céfiros al soplo trémulas ondeando, al enemigo inspiraban terror en la pelea. Tomó dos gruesas lanzas guarnecidas de agudo bronce, y á lo lejos mucho y hasta la alta región del ancho cielo llegaba el resplandor que despedían. Y para más honrar al poderoso Monarca de Micéna, Juno y Pálas estremercieron la región del éter.

Después á sus aurigas los caudillos encargaron que en orden de batalla los bridones y carros á la orilla del foso colocasen, y cubiertos con sus armas á pié salieron todos en presurosos pasos al combate. Y antes del alba inmensa gritería en el campo se alzó de los peones ya acudieron primero y ordenados la llegada atendían de sus jefes, que de cerca siguieron. El Saturnio Jove excitaba funeral ruido, y con gotas de sangre rociaba el campo desde el éter, en presagio de que muchos valientes campeones arrojaría á la región del Orco.

Al pié de la colina los Troyanos, en seis grandes escuadras divididos, se formaron también. Eran sus jefes

Héctor, Polidamente, el bravo Enéas, y los tres hijos de Antenor, Polibo, Agenor y Acamante; y con su escudo Héctor cubierto, por la hueste toda veloz corría. Cual luciente sale de las nubes el astro del otoño, que anuncia males, y tan pronto brilla, tan pronto entre la nube tenebrosa se oculta y desaparece; así el terrible Héctor al frente de la hueste suya ya se dejaba ver, y ya al extremo del escuadrón las haces ordenaba de brillante armadura revestido, y al ardiente relámpago de Jove el brillo que arrojaba parecía.

Como al segar el trigo ó la cebada de rico labrador en el sembrado bandas de segadores numerosas caminan á encontrarse, y las espigas en tierra caen sin cesar al filo de las cortantes hoces; así Griegos y Troyanos vinieron á embestirse, y se mataban, y ninguno de ellos en la fuga pensaba ignominiosa. Y cuerpo á cuerpo y la cabeza erguida trabaron el combate, y como lobos valientes peleaban; y al mirarlos se alegró la Discordia luctuosa, que sola entre los Dioses la pelea presenciaba. Los otros inmortales ociosos en las cumbres del Olimpo en sus régios alcázares estaban, y á las huestes de Troya no asistían ni á las Aqueas; pero todos ellos acusaban al hijo de Saturno porque daba el honor á los Troyanos de la victoria. Y de ello no curaba Júpiter, que apartado de los otros, y solo, y de su gloria haciendo alarde, vuelta la vista á la ciudad tenía de los Troyanos y á las altas naves de los Aqueos, y el luciente brillo de las armas veía, y quiénes eran en cada choque el matador y el muerto.

Mientras la aurora fué y el claro día aumentaba su luz, en ambas haces igual era el estrago y la pelea; y cuando el leñador el alimento en el bosque prepara silencioso, y tiene ya la mano muy cansada

de cortar altos árboles, y el pecho se rinde del trabajo á la fatiga, y el aguijón del hambre poderoso el alma siente; entónces los Aquivos con sólo su valor, de los Troyanos rompieron la falange, y por las filas resonaban las voces con que alegres al terrible combate se animaban.

Agamenon al frente de las tropas se presentó en la lid, y con su pica á Bíanor mató y al escudero que el carro dirigía y los trotones, y Oileo se llamaba. Cuando herido éste vió á su señor, saltó del carro, y en temerario arrojó con el griego á encontrarse marchó; mas el Atrida en medio de la frente con la punta de su lanza le hirió, sin que el doblado yelmo de bronce resistir pudiese; que por él penetrando y por el hueso, todo el cerebro le inundó de sangre, y así perdió la vida el que animoso primero acometiera. De sus armas á los dos despojó, y allí tendidos, de sus cándidos pechos la blancura mostrando, los dejó, y en busca de Iso y Antifo caminó para matarlos.

Eran hijos de Priamo (el primero bastardo, y el segundo le naciera de legítima unión) y un mismo carro montaban, y el bastardo los bridones regía y con su lanza el valeroso Antifo desde el carro combatía. A los dos otro tiempo en los oscuros bosques del Ida sorprendiera Aquiles, mientras que su ganado apacentaban; y á las naves los trajo bien sujetos con fuerte cuerda de flexible junco que él mismo hiciera, y luego por rescate la libertad les dió. Viólos ahora el poderoso Agamenon de Atreo, y en medio el corazón habiendo herido á Iso el primero con la aguda pica, á Antifo por la sien pasó la espada, y del carro cayeron en la arena. Y al quitarles las ricas armaduras, á los dos conoció; que muchas veces antes los viera en las aquivas naos, cuando del Ida el valeroso Aquiles los trajo prisioneros. Como suele,

la cueva en que se crían asaltando, devorar el león los tiernos hijos de la cierva, sus huesos delicados rompiendo con el diente poderoso, y cuando empiezan á vivir los mata, y aunque esté cerca la doliente madre, defenderlos no puede, y temerosa, toda temblando y en sudor copioso bañado el cuerpo, en rápida carrera huye hácia los espesos encinares y las selvas umbrías, acosada por la valiente fiera; así ninguno de los Troyanos pudo á los dos héroes de la muerte librar, porque á la fuga cobardes ellos mismos se entregaran.

A Pisandro é Hipóloto, nacidos de Anfímaco los dos (el cual, ganado por el oro y las joyas que le diera el Príncipe Alejandro, entre los Teucros más obstinadamente resistía que se entregase al rubio Menelao la hermosa Elena), en la común batalla alcanzó luego Agamenon. Subidos en un brillante carro, á los bridones sólo su voz regía, que las riendas soltaran de temor y consternados sólo en huir pensaban. Y furioso como un león arremetió el Atrida, y en dolorido acento desde el carro así humildes los dos le suplicaban:

«Consérvanos la vida, hijo de Atreo, »y tendrás un magnífico rescate; »porque mucha riqueza hay en la casa »de Anfímaco, y de bronce mucha copia, »y oro, y hierro labrado; y generoso »te dará nuestro padre cuanto pidas, »si llegare á entender que en los bajeles »de los Dánaos vivimos prisioneros.»

Así, llorando y en dolientes voces suplicaban al Rey; pero respuesta recibieron cruel: «Si sois los hijos »de Anfímaco el injusto (dijo el héroe) »que otro tiempo en la junta de los Teucros, »cuando Ulises llegó con Menelao »en solemne embajada, proponía »que allí mismo la vida les quitasen »ni á la Grecia tornar les permitieran; »hoy aquí pagareis la atroz injuria »que me hizo vuestro padre». Así les dijo; y atravesando con su lanza el pecho

á Pisandro, en la arena desde el carro le derribó, y tendido sobre el polvo el mísero quedó. Saltando en tierra Hipoloco, salvarse con la fuga intentaba, y también le dió la muerte, cortándole primero las dos manos de un revés, y de un tajo la cabeza. Y agitándola en alto, cual si fuese un mortero, rodando entre las filas la arrojó, y los cadáveres dejando, en lo recio se entró de la pelea, y en pos marchaban los demas Aqueos.

Desde allí los infantes que seguían el alcance á los Teucros fugitivos sus peones mataban, y los jefes, subidos en los carros y esgrimiendo sus armas, á los Próceres de Troya, y alta nube de polvo en la llanura se alzó bajo los piés de los caballos. Pero de todos el potente Atrida, hiriendo siempre y á la hueste aquea con su voz animando y con su ejemplo, á la frente marchaba. Como suele el fuego destructor, si en la sombra selva cayó y en circulares giros el viento impetuoso le propaga por todas partes, derribar los ramos y troncos de los árboles, y en tierra caen vencidos de la ardiente llama; así, cediendo al poderoso brazo de Agamenon de Atreo, las cabezas de los Troyanos que salud buscaran en la fuga rodaban por el suelo. Y muchos poderosos alazanes en desórden los carros, ya vacíos, por entre las hileras arrastraban por los diestros aurigas suspirando que los guiaban; pero ya en la arena éstos yacían, de voraces buitres grato alimento, y de continuo lloro origen triste á las esposas caras.

A Héctor, en tanto, Jove de los tiros sacó y el polvo, y la matanza, y sangre, y bélico tumulto; y el Atrida adelante marchaba, á los Aquivos siempre animando con su voz. Los Teucros en pavorosa fuga la llanura atravesaban, la silvestre higuera á la espalda dejando y el sepulcro del antiguo Rey Ilo, deseosos

de entrar en la ciudad; pero el Atrida, mucho gritando en clamorosas voces, los perseguía, de cuajada sangre teñida siempre la robusta mano.

Luego que el haya y á la puerta Escea llegaron los primeros, detenidos á que todos llegasen esperaban; porque algunos aún la gran llanura atravesaban en veloz corrida. Como las vacas que el leon persigue á deshoras en noche tenebrosa cobardes huyen, aunque triste muerte á una sola amenace, que la fiera, si alcanzarla logró, su cuello rompe con el colmillo agudo, y las entrañas luego devora y de la sangre bebe; así furioso Agamenon entónces el alcance seguía á los Troyanos, siempre matando al último que hallaba; y ellos huían, y adalides muchos fueron por él en tierra derribados desde el carro marcial, y ya de cara, ya de espaldas, cayeron en la arena; que en su robusta mano del averno una Furia la pica manejaba.

Cuando de la ciudad y el alto muro cerca ya estaba el valeroso Atrida, el padre de los Dioses y los hombres, bajando del Olimpo en las alturas del Ida se asentó y en su derecha el ardiente relámpago tenía; y á Iris mandó que al aire desplegando las alas de oro, mensajera suya á la hueste troyana caminase.

«Íris (la dijo), en vagaroso vuelo
»rápida tú camina, y mis mandatos
»á Héctor anuncia. Di que mientras vea
»á Agamenon, caudillo de los Griegos,
»lidiar valiente en las primeras filas
»escuadras destrozando numerosas,
»él se retire, y en ardientes voces
»anime á los Troyanos porque todos
»en la sangrienta lid con los Aquivos
»batallen animosos. Mas si fuere
»de lanza herido ó flecha, y en el carro
»subiere Agamenon, entónces brío
»yo infundiré en el pecho del Troyano
»para que hiera y mate á los Aqueos
»hasta llegar adonde están las naves,
»cuando el sol ya se oculte y sobrevenga

»ya de la noche la tiniebla fria.»

Así Júpiter dijo, y su mandato Iris obedeció, y en raudo vuelo á Ilión bajó desde las altas cumbres del Ida, y en su carro al valeroso Héctor halló de pié. Llegóse cerca, paróse y dijo al campeón de Troya:

«¡ Héctor, hijo de Príamo, que igualas
»en la prudencia á Jove! Éste me envía
»á darte buen consejo. *Mientras veas
»á Agamenon, caudillo de los Dánaos
»lidiar valiente en las primeras filas
»escuadras destrozando numerosas,
»tú te retira, y en ardientes voces
»anima á los Troyanos porque todos
»en la sangrienta lid con los Aqueos
»batallen animosos. Mas si fuere
»de lanza herido ó flecha, y en su carro
»subiere Agamenon, entónces brío
»infundiré en tu pecho el padre Jove
»porque hieras y mates á los Griegos
»hasta llegar á las aquivas naos,
»cuando el sol ya se oculte y sobrevenga
»ya de la noche la tiniebla fria.»*

Dijo y desapareció, y Héctor del carro en tierra sin quitarse la armadura saltó. Y blandiendo la robusta lanza, el campo recorrió y á sus legiones animó á combatir, y la pelea se comenzó de nuevo; y los Troyanos de la fuga volvieron y animosos hicieron todos frente al enemigo. Los Griegos de su lado las falanges reforzaron y firmes cara á cara el choque resistían, y entre todos Agamenon se presentó el primero, y mucho de la hueste adelantado, quería hacer de su valor alarde.

Decidme, oh Musas que el excelso Olimpo habitais, quién de todos los Troyanos, ó de sus numerosos auxiliares, con el Atrida combatió el primero. Ifidamante fué, valiente y alto, y de Antenor nacido y en la Tracia criado; que Ciseo, de quien era hija su madre, con regalo mucho le crió desde niño, y aún llegado á la edad juvenil cuando ya inflama de la gloria el amor á los mancebos, consigo le retuvo y por esposa

una hija suya le otorgó. Casado ya el jóven, á la voz de que los Griegos contra Ilión venían, el alcázar abandonó, y á su país nativo, con doce naves que su voz regía, se encaminó. Dejadas en Percope las naos, á Ilión llegó por tierra; y este día animoso peleaba, y con Agamenon osó imprudente medir sus armas. Cuando ya estuvieron cerca el uno del otro, y lanza en mano se acometieron, el Atrida el golpe erró y á un lado se torció la pica. Despues Ifidamante junto al cinto, bajo de la coraza, hirió al Aqueo, y el astil empujaba, confiado en el vigor de la robusta diestra. Pero no pudo penetrar el cinto de vistosa labor; que largo trecho ántes de que horadara sus dobleces, encontrando la punta con la plancha de plata, se torció como si fuera de blando plomo. Entónces el Atrida asió del asta y con pujanza mucha, cual furioso leon, hácia su cuerpo la tiró y arrancarla de la mano logró de Ifidamante, y con la espada hiriéndole en el cuello, de la vida le despojó. En el polvo derribado, durmió el eterno sueño el infelice por su patria lidiando; pero léjos de la consorte amada y sin que viese con dulces prendas del amor pagado el opulento dote que la diera de cien hermosos bueyes, prometiendo que despues la daría mil ovejas y mil cabras que en hatos numerosos pastaban en sus prados. El Atrida le despojó de las brillantes armas, y por entre las filas de los suyos en triunfo las llevaba. Cuando á verlas llegó Coon, esclarecido y fuerte adalid, y el mayor entre los hijos de Antenor, sus dos ojos se cubrieron con nube de pesar, viendo en la arena caido y muerto á su valiente hermano. Y acercándose cauto, sin que fuese de Agamenon sentido, con su lanza le hirió en medio del brazo á la juntura del codo, y le pasó de parte á parte